

ESA OTRA REALIDAD UNA INVITACIÓN A LA LECTURA

ANOTHER REALITY AN INVITATION TO READ

Eduardo González Ibarra*

Resumen

¿Qué relación existe entre la literatura, arte de la palabra, y la sociedad con su compleja y profunda problemática? ¿Es posible que la literatura, una de las manifestaciones más antiguas de la especie humana, intervenga y afecte positivamente al llamado tejido social? Directamente, no parece haber ningún tipo de vínculo más allá de la influencia que la llamada realidad establece de manera inevitable en todo tipo de expresión artística. Pero bien mirado, la literatura hace posible ver con más agudeza y profundidad aspectos de la misma realidad que de otro modo serían invisibles. El acto de leer se convierte, entonces, en un acto potencialmente crítico del personaje lector; si el lector se convierte en legión de lectores, el resultado sería una conciencia crítica que podría tener efectos positivos en la reorganización y construcción de las estructuras sociales. Esta es, de cierto modo, la línea de trabajo que sostiene al presente artículo.

Abstract

What is the relationship between literature, the art of words, and society's deep and complex issues? Can the social fabric be affected in a positive way by literature, one of the oldest human expressions? There does not seem to be any direct link in this respect, other than the influence that the so-called reality inevitably has over every kind of artistic work. However, if we pay attention, literature presents itself as a magnifying glass that allows us to discover aspects of that same reality which would otherwise be invisible. The

* Documentalista, profesor y encargado de Laboratorios en la Universidad Iberoamericana León. Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
eduardogib@hotmail.com

act of reading thus becomes a potentially critical stand for the reader, who could then turn into a legion of readers. The result would be a critical consciousness with potentially positive effects on the rearrangement and development of social structures. This is, in a way, the axis on which the present paper is based.

Palabras clave: libro, escritura, lectura, literatura, realidad, lenguaje, poema.

Keywords: book, writing, reading, literature, reality, language, poem.

Tú, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?

La biblioteca de Babel, Jorge Luis Borges

Un hombre de 80 y tantos años, bastón en mano, avanza con pasos lentos por un largo pasillo del anfiteatro universitario. Viste un elegante traje oscuro un poco gastado. Una mujer, su sombra y su vigilia, lo acompaña, tocando casi imperceptiblemente el brazo del anciano. Es su brújula segura en su ya larga penumbra. El abarrotado auditorio guarda un silencio reverente ante los pasos lentos y un poco titubeantes de este hombre, que sube con dificultad al escenario.

El rector de la universidad, visiblemente emocionado, recibe al invitado, le dice unas palabras al oído y lo presenta. Un largo, larguísimo aplauso colectivo. Se sientan. El rector se dirige al estrado y comprueba con pequeños golpecitos el sonido del micrófono. Es un honor para nosotros, dice, y continúa leyendo un discurso meticulosamente preparado. De la voz amplificada surgen palabras grandes que quieren impresionar o tal vez honrar los oídos de este anciano. A las palabras de recepción sigue una cascada de aplausos (una *cascada* de aplausos: curiosa metáfora para indicar aprobación unánime o, en este caso, urgencia por el siguiente acto). Llegó el momento. El invitado se levanta con dificultad auxiliado por la mujer y se dirige al pequeño estrado en el que se apoya con ambas manos. Levanta la mirada ciega algo más arriba del horizonte, como si sus escuchas estuvieran en lo alto y no en lo bajo del auditorio. Sonríe en silencio y agradece. Se le ve contento. Comienza a hablar: *Señoras, señores: En el decurso de mis muchas, de mis demasiadas conferencias...*

Las palabras se van entretejiendo en delicada urdimbre y entre una y otra van dibujando la imagen de un largo río caudaloso y sereno. Parecen venir de regiones remotas y olvidadas, pero también del más inmediato presente. Alguien entre el público recuerda mientras escucha (o acaso recuerda porque escucha):

Mirar el río hecho de tiempo y agua
Y recordar que el tiempo es otro río,
Saber que nos perdemos como el río
Y que los rostros pasan como el agua.

Sentir que la vigilia es otro sueño
Que sueña no soñar y que la muerte
Que teme nuestra carne es esa muerte
De cada noche, que se llama sueño.

Quien sueña o recuerda regresa de su ensoñación a la mansa hora en que el hombre que mira hacia lo alto parece hablar con multitudes. Hay algo mágico y al mismo tiempo ordinario en lo que ahí ocurre. Durante una hora este anciano cada vez más vital puebla el espacio y el tiempo de palabras. Hay palabras antiguas que suenan como nuevas; hay palabras de todos los días que, por la gracia de su articulación, revisten un esplendor inusitado. Hace una pausa prolongada, como si se tratara de un pequeño golpe que remueve y agita partículas de polvo a contraluz: el silencio momentáneo parece un compás que aguarda su reacomodo, un nuevo orden a la espera del sentido. Desde ese callado instante parece mirarnos, sonriendo en su luminosa penumbra. Es el flautista, el encantador, el hombre que cuenta. Recuerda a las noches de cualquier día de esa infancia que fuimos, cuando el abuelo, el padre o la madre convocaban al sueño y la imaginación mediante la palabra. Así, casi sin darnos cuenta, llega al final —que es el principio— en donde ese hombre de todas las edades sintetiza de algún modo lo quería decirnos:

De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y la imaginación. Si leemos un libro antiguo es como si leyéramos todo el tiempo que ha transcurrido desde el día en que fue escrito y nosotros. (Borges, 1980, p. 13)

Ya no parece un anciano, ya no parece un ciego.

Aquellos otros

En *La utilidad del deseo* (2017), Juan Villoro abre su diálogo de libros con un sugerente texto, “El camino de la madera”, en el que afirma: “La actividad de leer (*legere*) se asocia con cosechar, y en alemán «letra» (*Buchstab*) quiere decir «rama de haya»”. Todo libro, dice, representa un árbol: un organismo vivo que se mueve según las épocas y los intereses. El libro es “cosa” u objeto decorativo mientras permanece cerrado, guardado, almacenado en un estante o una biblioteca; en cuanto alguien lo abre se convierte en una experiencia vital que comunica, no importa del libro que se trate: al modo de un cosechador, la lectura, el lector siempre enriquece y renueva el libro. Como

un cuerpo vivo, nos refresca, nos asombra, nos repele, nos cuestiona, nos seduce, nos interroga, nos conquista. Da sombra o genera luz.

Un libro entraña dos actividades radicalmente individuales: el acto de escribir y el acto de leer. Hay mucho de cierto en ello: la imagen de libro está íntimamente vinculada con la noción de autor; el hombre, la mujer reclinados sobre la famosa página en blanco. Y en cuanto a la segunda afirmación, contiene también una dosis de verdad: salvo las escasas lecturas públicas, toda lectura se realiza en aislamiento. Pero esto es un modo más o menos simple o parcial de pensar: quien escribe un texto en realidad escribe bajo la influencia de todo lo que ha leído y aun lo que no ha leído, pero que está impregnado de la época en la que vive; lo que escribe es en cierto modo una respuesta o una continuación, una refutación o una vindicación de lo que le precede o de lo que convive en él. El lector por su parte establece un diálogo solitario con un autor que sintetiza o representa una tradición o un linaje y que además tiene una función tan o más central que el propio escritor: él, el lector que ahora lee estas palabras, es el depositario de la legión de lectores que se condensan en una escritura, es el que completa y renueva y ensancha el sentido y es el que hace posible que un libro sea nuevo en cada relectura.

(En un arranque intuitivo, puramente animal, me levanto y voy a mi biblioteca: sé qué libro busco, sé en dónde se encuentra. Se trata de *Miradas*, de Juan Gelman, el único libro en prosa que conozco de él. Son pequeños ensayos, libres y penetrantes, de poetas, escritores y artistas. Lo leí hace algunos años y me sedujo su forma de pensar, su prosa hábil, rápida, aguda, elegante. ¿Por qué lo busqué? No lo sé. Sólo *sabía* algo. Lo hojeo, reviso el índice, lo vuelvo a hojear y me encuentro este pasaje subrayado —las huellas de una lectura—, en donde habla de la escritora austriaca Ingeborg Bachmann:

A la vez tenía conciencia de que cuando se escribe «por lo único que tiene sentido esforzarse es por el lenguaje. El lenguaje encierra el ayer, el hoy y el mañana. Cuando el lenguaje de un escritor no se sostiene, tampoco se sostiene lo que dice». (Gelman, 2005, p. 181))

Repaso la frase: el lenguaje encierra el ayer, el hoy y el mañana. Todo escritor que se precie de serlo es hijo de una tradición. Recoge los frutos del pasado, combate primero y reconoce después a la generación que le precede, y escribe su obra frente a su realidad y su huidizo presente. La nueva escritura será un ineludible homenaje acaso inconsciente del vasto ayer, un tributo al poderoso río subterráneo de aguas revueltas que llamamos presente y, en el mejor de los casos, una propuesta para el mañana. El propio Gelman lo escribe de manera inmejorable en un poema cuya primera línea dice: “Lo que se fue, se fue, pero deja su fue.” Y la última: “[...] la memoria que sigue dando de comer.”

Pienso en el magistral poema de José Emilio Pacheco, un poema que curiosa y paradójicamente es una carta —una *carta de creencia*—, una respuesta a la inquietud de un periodista por entrevistarle —fue célebre la posición de Pacheco al respecto:

Todo escritor que se precie de serlo es hijo de una tradición. Recoge los frutos del pasado, combate primero y reconoce después a la generación que le precede, y escribe su obra frente a su realidad y su huidizo presente.

Escribo y eso es todo. Escribo: doy la mitad del poema.

Poesía no es signos negros en la página blanca.

Llamo poesía a ese lugar del encuentro
con la experiencia ajena. El lector, la lectora
harán o no el poema que tan sólo he esbozado.

No leemos a otros: *nos leemos* en ellos.

Me parece un milagro
que algún desconocido pueda verse en mi espejo.
Si hay un crédito en esto —dijo Pessoa—
corresponde a los versos, no al autor de los versos.

Mientras camina por la selva y desbroza machete en mano el sendero, un personaje de *El lugar más pequeño*, extraordinario documental de Tatiana Huezo, afirma: “Mi amor son los libros. Yo lamento que me haga daño el café, yo quisiera que nunca me hiciera daño el café, para pasar con mi jarro de café leyendo hasta la 1 o 2 de la mañana. Porque mi hambre más grande es conocer lo que otro piensa, y eso es por medio de los libros”. Con los libros que le llegan y que lee ávidamente, este hombre de origen campesino dialoga con el mundo y reconstruye, con la faena diaria y la memoria viva, a su pueblo arrasado por la furia.

Ellas

En el tomo I de *Inventario Antología* José Emilio Pacheco dedica una entrega a Gustave Flaubert, el maestro. Ahí, entre otras cosas, habla de *Madame Bovary*, esa novela de anticipación de la que hace un elogio no sólo de su autor sino de su posición como autor al encarar un tema culturalmente *marcado*:

En un momento de culminación literaria de dos mil años de injurias y desprecios contra la mujer, *Madame Bovary* es quizá la primera novela escrita por un hombre en que hay un intento profundo de entender esa infranqueable otredad. (Pacheco, 2017, p. 502)

El texto está fechado el 5 de enero de 1981, pero Pacheco está hablando de una *realidad* literaria, la gran novela de Flaubert publicada por vez primera en 1857. Esto nos vuelve evidente el extraño comportamiento de nuestras sociedades: el anacronismo cotidiano entre realidad y lectura frente a lo que sucede, en este caso, con el mundo femenino. Pensemos, por ejemplo, en el derecho al voto: apenas en 1948 se reconoce el sufragio

**Grandes escritoras
del siglo XIX y aun
de comienzos del XX
decidían firmar su
obra con nombres
masculinos, debido en
parte a los prejuicios
sociales de la época,
pero también a razones
mercadotécnicas y de
distribución manejadas
por los hombres .**

femenino como un derecho humano universal, resultado en cierto modo de una lucha de las mujeres a lo largo de 100 años por obtener este derecho. En otro terreno, grandes escritoras del siglo XIX y aun de comienzos del XX decidían firmar su obra con nombres masculinos —pienso en George Sand, seudónimo de Aurore Lucile Dupin, o Isak Dinesen, seudónimo de la danesa Karen Blixen—, debido en parte a los prejuicios sociales de la época, pero también a razones mercadotécnicas y de distribución manejadas por los hombres —otra más de las muchas zonas de combate que toda mujer debe enfrentar—. Por eso muchas mujeres de hoy afirman convencidas que los hombres no pueden entender cabalmente sus luchas, sus posiciones a veces categóricas y radicales. No son sólo dos mil años de injurias y desprecio sino de salvaje, brutal, violenta injusticia y segregación.

En su gran novela/testamento *2666*, Roberto Bolaño elabora un sofisticado relato cuyo epicentro es la ciudad mexicana de Santa Teresa, un polvoso y desolado poblado al norte de México que evoca trágicamente a Ciudad Juárez, la ciudad del mal. La novela abre con un epígrafe de Charles Baudelaire que define muy bien el universo enrarecido de *2666*: “Un oasis de horror en medio de un desierto de aburrimiento”. Todos sabemos que por extrañas, por oscuras, por perversas razones, Juárez fue la ciudad de la muerte de las mujeres durante más de 20 años. El vocablo *feminicidio* atribuido a Diana Russell a partir de 1976 —crimen de odio por ser mujer—, tomó una fuerza inusitada a partir de entonces.

—¿De qué demonios estaban hablando? —le preguntó a Chucho Flores mientras desayunaban en un bar cercano al pabellón Arena del Norte.

—De los asesinatos de mujeres —dijo Chucho Flores con desánimo—. Florecen —dijo. Cada cierto tiempo florecen y vuelven a ser noticia y los periodistas hablan de ellos. La gente también habla de ellos y la historia crece como una bola de nieve hasta que sale el sol y la pinche bola se derrite y todos se olvidan y vuelven al trabajo. [...]

—¿Cuántas muertas hay?

—No lo sé —dijo Chucho Flores—, muchas, más de doscientas.

Fate observó cómo el mexicano empezaba a esbozar su noveno retrato.

—Son muchas para una sola persona —dijo.

—Así es amigo, demasiadas, incluso para un asesino mexicano.

—¿Y cómo las matan?

—Eso no está nada claro. Desaparecen. Se evaporan en el aire, visto y no visto. Y al cabo de un tiempo aparecen sus cuerpos en el desierto. (Bolaño, 2016, pp. 388 y 390)

Esa realidad extrema y casi indecible, las muertes de mujeres jóvenes, “migró” a todo el país y hoy somos testigos de ese horror cotidiano difundido tanto en la prensa local, nacional e internacional como en redes sociales. Por eso importa la memoria, por eso importa la radical, la extrema disconformidad. Por eso, por la sobrevivencia. Por la dignidad de la especie.

Lo inacabado

Comentarios de comentarios de comentarios: eso provoca la lectura. “Nadie disfruta en silencio absoluto. El deseo debe contagiarse”, escribe Villoro a propósito del acto de leer. Y agrega: “Quien lee, dialoga mentalmente con el autor, consigo mismo y con el tercero al que quiere transmitir sus impresiones. La lectura pide compañía”. (Villoro, 2017, p. 10) El acto individual y solitario de la lectura es entonces un acto colectivo, una suerte de flujo vital en continua e inevitable transformación.

En *El viajero más lento* Enrique Vila-Matas propone una “tesis” —y cuando escribe “tesis” lo dice con total ironía—: que todo buen libro es por definición inacabado:

No existen los libros totalmente acabados. Ese concepto de “libro con final” tiene para mí tanto de arcaico como de ilógico.

De ilógico porque una obra siempre va más allá del final que le pueda dar su autor, es el lector activo el que la acaba, el que se apodera del texto y lo lleva de viaje singular y lo interpreta, lo interpreta de una manera distinta cada lector, insertándose en un proceso de lecturas infinito, inacabable, sin fin [...].

Y tiene mucho de arcaico porque para mí es difícil ver “obras con final” después de haber leído a alguien como Roberto Bolaño, por ejemplo, que desafía siempre todo cierre en sus relatos y los deja abiertos [...]. (Vila-Matas, 1992, p. 200)

Según esta “tesis”, todo libro empieza cuando termina. “Son los libros que funcionan como un organismo vivo, que escapan de lo académico que los llevaría a la tumba: libros siempre en constante movimiento y renovación, como si conocieran a fondo el arte de no terminar nada”. En cierto modo, los libros a los que alude Vila-Matas son los verdaderamente importantes: no los que nacen por exigencia del mercado, sino los que surgen por una necesidad ineludible y se convierten en obras esenciales. En esta particular perspectiva, los “clásicos” se alinearían en primera fila dentro de esta clasificación: Shakespeare y Cervantes, por ejemplo, siguen tan vivos en nuestra memoria como en su propio tiempo: *Macbeth*, *El rey Lear* o *Don Quijote* son nuestros contemporáneos porque suponen un orden, un sistema de relaciones y un estudio de la persona tan poderoso que está por encima de la época en la que surgen: son también un espejo de nuestra condición en el mundo. Son ese tipo de libros que, apenas terminada su lectura, comienzan a construirse o a construir-nos, quedan fijados en capas profundas de nuestra conciencia y nuestra memoria, y van edificando y constituyendo al multitudinario yo que habita en cada lector. Porque los libros de los que hablamos no son un mero divertimento sino una fuga, en el sentido musical del término, una fuga hacia nosotros mismos, “la comprensión del pasado como una fuente que modela el presente”, como alguna vez escribió Coetzee.

El acto individual y solitario de la lectura es entonces un acto colectivo, una suerte de flujo vital en continua e inevitable transformación.

Lo viejo y lo actual

En 1977 un *Inventario* de José Emilio Pacheco nos recordó que el 27 de agosto de 1927 Sacco y Vanzetti, inmigrantes y trabajadores italianos, murieron electrocutados por la sentencia de muerte que el estado de Massachusetts promulgó en su contra por un crimen que no cometieron. Tras siete años de cárcel, el jurado los sentenció a pesar de las abrumadoras evidencias de su inocencia. Voces de todo el mundo se levantaron para detener este crimen, pero el jurado se mantuvo en su “juicio” y el gobernador en su decisión. Previo a la ejecución el Chicago Tribune escribió en su editorial:

La Nación debe estar agradecida porque no pudo prevalecer el movimiento más elaboradamente organizado en la historia de nuestras cortes para derrotar la Justicia. Un crimen cruel, sórdido y atroz será castigado. Es un triunfo de la Justicia, el Orden y la Humanidad. (Pacheco, 2017, p. 238)

Ese era y es el pensamiento dominante en nuestro país vecino (y no solo ahí): los *otros* son los culpables aunque no lo sean; los *otros* pueden ser violentados porque, mala suerte, son los otros. El país que germinó gracias a las oleadas de migrantes de muchas partes del mundo, es hoy una nación que practica y difunde el desprecio racial. Entre ayer y hoy no hay mucha diferencia ni lejanía. La *Justicia* siempre se impone según la visión de los vencedores. Entre agosto y octubre de 2018 todo México se sobresaltó frente a un insólito hecho y ante la respuesta de muchos, demasiados mexicanos: una caravana de inmigrantes, en su mayoría hondureños, recorrió más de 5 000 kilómetros caminando desde Centroamérica hasta la frontera de México con Estados Unidos. La cosecha de voces injuriosas a su paso por nuestro país no fue poca. Amplios sectores de México, el país hospitalario, mostraron los dientes y desataron un rabioso racismo.

Leer y asociar

Pero eso pasó después, cuando todo terminó.
Respiración artificial, Ricardo Piglia

Vivía en la ciudad de Concordia, Entre Ríos. Llegó a Argentina como exiliado, uno más de los miles de exiliados del siglo xx. Vladimir Tardewski, filósofo polaco discípulo de Ludwig Wittgenstein, relata sus hallazgos a un joven aprendiz de escritor, Emilio Renzi. Sus hallazgos son del todo sorprendentes pero también del todo sospechosos. En la difusa atmósfera del café en el que se encuentran, Renzi escucha sus arengas, una y otra vez marcadas por sus juicios: “¿Cómo es posible, dice, que nadie lo haya descubierto antes? Nadie sabe leer, nadie lee, porque para leer hay que saber asociar”.

Su tesis, decía Tardewski, era el improbable encuentro entre Franz y Adolf. ¿Franz y Adolf? ¿Estoy pensando lo mismo que usted? Sí, por supuesto, pero nadie lo había descubierto antes. El joven Adolf quería ser pintor, no tanto pintar sino ser pintor. ¿Me entiende? Ser reconocido como pintor. Ésa era su ambición, o más bien, el germen de su oscura, su descomunal ambición. Se encontraron unas pocas veces en el café Arcos, lugar en el que se reunían los intelectuales checos de la época, por el año de 1909. Ahí están las pruebas de una extraordinaria aunque fugaz amistad. ¿Cuáles pruebas?, pregunta Renzi. Las cartas, y la obra posterior a esos encuentros. Léalas: ahí están las pruebas. Sin esos encuentros marcados por los interminables monólogos del joven Adolf —que Franz no se cansaba de escuchar—, su obra no sería lo que fue. Por eso Franz anticipó todo, por eso escribió, sin conocerla, la mecánica del horror que sobrevendría 25 años después. Por eso, porque supo escuchar al joven Adolf, fracasado aspirante a pintor, delirante figura de oscuros, interminables

monólogos, radical defensor del militarismo prusiano del que, por ese entonces, fue un desertor. Vaya paradoja.

Pero Tardewski no existe: es un personaje producto de la *invención* de Ricardo Piglia en *Respiración artificial*, esa poderosa novela. Si buscamos el origen etimológico de la palabra, encontramos que ‘invención’ quiere decir descubrimiento. Des-cubrir, de-velar, quitar el velo que nos oculta la realidad de las cosas. El hallazgo de Piglia/Renzi es doble: por un lado, el polaco Tardewski encarna a toda la inteligencia en el exilio del siglo xx, al mismo tiempo que esconde o sugiere a Witold Gombrowicz, el gran novelista polaco en su larga estancia en Argentina. Por otro, mediante la intriga y el hipotético encuentro entre dos de las figuras mayores de este mismo siglo —el gran creador de pesadillas escritas, Kafka, y el artífice que hizo del mundo una pesadilla, Hitler—, Piglia monta un sofisticado operativo verbal para hablar tanto de la historia en sus pasajes y personajes más oscuros como del tenebroso período de la dictadura militar argentina dentro del cual surge esta novela. El artificio de la *creación* —de una novela, un personaje, una obra de ficción— se convierte en verdad. Desde el mismo epígrafe con que abre la novela, Piglia manifiesta sus intenciones y en cierto modo la línea de acción que trabajará en toda la narración: la restauración del sentido. En el poema de T. S. Eliot están cifradas las intenciones de Piglia:

Tuvimos la experiencia pero no captamos
 el significado
 Y el acercamiento al significado restaura
 la experiencia

A la Historia, que es memoria —salvo que la *memoria*, esa muchacha descuidada, confunde las palabras de uno con las palabras y recuerdos de otros—, se le enfrenta con todos los recursos, con todos los artificios de que dispone la ficción. Y la ficción así trabajada descubre nuevas, insospechadas relaciones, nuevos, insólitos retazos de la verdad. Nadie escapa a la realidad, nadie: ni la obra más vanguardista ni el planteamiento más abstracto. La literatura nos confronta con dimensiones de la realidad que la realidad misma —es decir, los hombres y mujeres que viven en un determinado tiempo— se empeña en ocultar. De ahí su importancia y su vigencia. Pacheco, que sabe de lo que habla, escribe: “Hay una verdad de la literatura distinta a la verdad de los documentos. Textos que existen, textos que se inventan, telaraña de relatos que nos envuelven de la cuna al sepulcro y aun después, aun después”.

Si buscamos el origen etimológico de la palabra, encontramos que ‘invención’ quiere decir descubrimiento. Des-cubrir, de-velar, quitar el velo que nos oculta la realidad de las cosas.

La literatura, esa otra realidad. En algún pasillo perdido de mi memoria está el registro de una afirmación escrita por Vargas Llosa o que mi memoria adjudica a Vargas Llosa: la literatura es la historia íntima de las naciones. No la Historia sino las historias, las *mil y una noches* de historias, relatos orales y escritos que desde el principio de los tiempos han conformado una compleja, una vasta urdimbre. La escritura es, siempre, una suerte de palimpsesto: un manuscrito que conserva las huellas de una escritura anterior en la misma superficie, pero borrada expresamente para dar lugar a la que ahora existe (la definición es de Wikipedia). Esta vieja idea de capas superpuestas de conocimiento y capas superpuestas de experiencias resume de cierto modo el poder natal de la lectura. Como la palabra amor, depende de su uso y contexto para que estalle una revolución.

Referencias bibliográficas

- Bolaño, R. (2016). *2666*. Ciudad de México: Alfaguara.
- Borges, J. L. (1979). *Obra poética*. Madrid, España: Alianza Tres.
- Borges, J. L. (1980). *Borges oral*. Barcelona, España: Bruguera.
- Gelman, J. (2017). *Miradas*. Ciudad de México: Biblioteca Era.
- Huezo, T. (2011). *El lugar más pequeño* [cinta cinematográfica]. México: Centro de Capacitación Cinematográfica / Foprocine.
- Pacheco, J. E. (1999). *Los trabajos del mar*. Ciudad de México: Biblioteca Era.
- Pacheco, J. E. (2017). *Inventario Antología* (tomo 1). Ciudad de México: Editorial Era.
- Piglia, R. (2011). *Respiración artificial*. Barcelona, España: Anagrama.
- Vila-Matas, E. (2012). *El viajero más lento*. Ciudad de México: Seix Barral.
- Villoro, Juan (2017). *La utilidad del deseo*. Ciudad de México: Anagrama.

Artículo recibido: 29-1-2019
Aceptado: 18-2-2019